

El camino al sacerdocio (algunas observaciones)

Patrick Sham

Miembro del Club Serra, Hong Kong

LAS VOCACIONES AL SACERDOCIO llegan en momentos extraños y de formas diferentes. Son dones preciosos de Dios y portadores de una gracia especial. Aquellos de nosotros que han recibido el llamado y la gracia deberían responder activa y positivamente, mientras que todos los que compartimos la gracia estamos obligados a ayudar a los aspirantes, de cualquier manera en que podamos, a que finalmente alcancen el sacerdocio.

¡El camino al sacerdocio no es fácil!

Soy un converso. Fui bautizado en Agosto de 1950. Aún recuerdo de manera viva las discusiones que sostuve con mi madre acerca de mi deseo de hacerme católico. Las gané con la gracia de Dios, pero la victoria fue para ella una desobediencia atormentadora (ella murió católica en 1977!). Un amigo cercano, y compañero de escuela, se encontraba en una situación casi como la mía. Unos años más tarde, en respuesta a la vocación, eligió entrar al seminario y finalmente fue ordenado sacerdote. Me imagino que debe de haber enfrentado momentos más difíciles al encontrar las objeciones de sus padres en contra de su elección de ser sacerdote. Ciertamente, las objeciones de los padres siguen siendo el obstáculo más difícil de superar en el camino al sacerdocio. Éste, creo, solamente puede ser superado mediante la oración.

Como promedio, se necesitan de diez a doce años para que un joven complete su educación para ser ordenado sacerdote. Las circunstancias en las que se da la formación de un sacerdote varían de un lugar a otro, de país a país, y de acuerdo con el hecho de que al ser ordenado necesite trabajar como misionero. En este caso, también debe tomarse en cuenta el requisito del lenguaje. Mientras más educación reciba, mejor será como predicador. En la actualidad la educación profesional y especializada es un requisito para el éxito en cualquier campo. Para la profesión de predicador, un predicador, el sacerdote, debería equiparse con el conocimiento de su congregación, su nivel de entendimiento, sus antecedentes culturales, los "haz esto" y "no hagas esto" del lugar y los "sí" y "no" de las diversas profesiones. Una homilía que se predique sin este conocimiento podría caer en

oídos sordos. La predicación y los que escuchan no estarán bien “emparejados” y será una pérdida de tiempo.

A lo largo de los años he tenido la oportunidad y el privilegio de pasar el tiempo en algunas de las asociaciones de laicos de la diócesis. La asociación con la que más tiempo he pasado es el Club Serra de Hong Kong, del que he sido socio desde su inicio en 1961. El objetivo principal del Club es nutrir y promover las vocaciones al ministerio sacerdotal de la Iglesia Católica. Durante la multitud de ocasiones en las que he platicado con muchos novicios de distintas nacionalidades, y con seminaristas y otros que aspiraban convertirse en sacerdotes, me ha llamado la atención que muchos de ellos le tenían miedo a dos cosas: primero a la falta de confianza en sí mismos y, segundo, a la soledad.

La falta de confianza no es un problema que tienen solamente los que aspiran a ser sacerdotes. Muchos de nosotros, durante nuestros días como estudiantes, vivimos periodos de incertidumbre similar, una sensación de extravío a consecuencia de una falta de confianza. La respuesta para superar esto seguramente se encuentra en la adquisición de más conocimientos. Mientras más sabemos, más confianza tendremos en nosotros mismos, y estaremos mejor equipados para comunicarnos con los otros.

En cuanto a la soledad, tal vez esto es cierto para seminaristas jóvenes, especialmente para aquellos que están muy lejos de sus casa y familias. Sin embargo, con el progreso rápido de las telecomunicaciones, conversaciones de video cara-a-cara, usando computadoras, pueden ser ofrecidas por los institutos educativos a bajo costo. La añoranza del hogar y la soledad pueden ser minimizados, y nosotros los laicos podemos aliviar esta soledad mediante el concepto del “sacerdote familiar.”

Es posible que el concepto de un “sacerdote familiar” sea nuevo para mucha gente, pero vale la pena explorarlo. Por lo pronto, apoyaría que se discutiera a fondo con el propósito de introducirlo a la comunicad católica.

El concepto es muy sencillo, es análogo al de “amigo de la familia,” o “medico familiar” con la excepción de que el término “sacerdote”, en “sacerdote familiar”, debe ser interpretado de manera amplia, aplicándolo a un futuro sacerdote o a un sacerdote ya ordenado. Mientras que un “medico familiar” cuida las necesidades de la salud física, un “sacerdote familiar” cuida las necesidades espirituales y estaría cercano a los miembros de la familia de acuerdo con el significado de “hermanos y hermanas en Cristo”. Una llamada telefónica breve, el envío de un texto por teléfono, una cena de cumpleaños, o, incluso, un desayuno rápido después de misa en la

mañana, alimentarán una relación más cercana entre el sacerdote y los laicos, y ayudarán a minimizar el dolor de la soledad.

Los miembros del Club Serra de Hong Kong tienen reuniones regulares con seminaristas, en grupo o individualmente. Tal vez sea posible desarrollar el concepto aun más. ¿Acaso no sería bueno si un día pudiéramos decir orgullosamente: “este es mi sacerdote familiar,” cuando somos presentados a nuestros visitantes y amigos?

Al conmemorar el año sacerdotal del Sacerdote, nosotros los Serra hemos continuado la cadena masiva de la misa diaria para orar por más vocaciones. Nos interesa mucho el bienestar de todos los seminaristas en nuestro corazón. Oramos para que todos ellos terminen con éxito el largo camino hacia el sacerdocio.